

Al presentar el libro de Laura Calvo, la Profesora Nina Ogorodnikov extrae un tema de plena actualidad : “el Bulling escolar”

Como soy docente de lengua, voy a hablar sobre un tema relacionado con la escuela de Laurita y la educación. En el libro hay muchas referencias a la escuela, vista a través de los ojos de Laurita, vivida y muchas veces sufrida por la niña. Yo me centraré en dos capítulos, en el primero de los cuales aparece un tema que tiene plena actualidad.

En nuestros días ha tenido mucha difusión una palabra inglesa, *bullying*, que significa intimidación y se refiere a todas las formas de actitudes agresivas, intencionadas y repetidas, a maltratos verbales o físicos que ocurren sin motivación aparente. Desgraciadamente en la actualidad hubo que agregarle a *bullying* el adjetivo *escolar*, *bullying escolar*, debido a los innumerables casos de persecución y de agresiones que se están detectando en las escuelas, llevados a cabo por uno o más estudiantes contra otro u otros.

En uno de los capítulos de ***La patria de Laurita***, “Una niña afortunada” encontramos un claro ejemplo de ese *bullying escolar*.

Laurita ha ingresado en 1er. grado A:

“Algunos muestran los ojos enrojecidos tras ser abandonados en la escuela en éste, su primer día de clases. Laurita, no. Se ha despedido de su mamá sin una lágrima y sigue con atención las directivas de la maestra...”

“Bajo el cabello recogido, los ojos de la señorita Otilia son dulces y firmes;... Laurita la admira nada más conocerla.”

“A Laurita le toca por compañera una chica grandota con los dientes manchados de sarro: la negra Valdés, le dicen los otros.”

Y esta compañera comienza a acosar a Laurita quien no se anima a decirle nada a la srta. Otilia porque:

*“Todo lo que les dice la maestra parece consistir en que **hay que comportarse y no irle con cuentos.**”*

Y cuando la negra Valdés pregunta a la maestra si no le gustan los cuentos, ella responde: *“los cuentos no son chimentos ni lamentos.”*

A pesar de que la compañera no sólo le saca los útiles a Laurita, no sólo se burla de ella, sino que la amenaza *“si... no hace lo que le ordene, sus padres van a mandar una nota a la escuela contando acerca de la rotura”* de una llave de la maestra que la misma Valdés le hizo romper.

Hay maestros que no suelen involucrarse en los problemas de sus alumnos, y en repetidas ocasiones están frente a sus ojos chicos con problemas de **bullying escolar** sin que ellos se den cuenta o, incluso aún peor, **sin que decidan hacer nada para cambiar la situación de ese chico o de esa chica**. Y Laurita se da cuenta muy pronto de que no puede contar con que su maestra la defienda:

“Laurita interpreta que pase lo que pase, tendrá que arreglárselas sola.”

Se presentan aquí todos los signos del *bullying*: el acoso, las burlas, las amenazas por parte de la acosadora, y el miedo, las pesadillas nocturnas, la vergüenza y el silencio, por parte de la víctima.

Nos encontramos con una la maestra, bondadosa y responsable en su tarea de enseñar, pero que con su actitud distante, no percibe el sufrimiento de Laurita.

“Prolija, atenta y responsable, dice el primer boletín que le entregan a Laurita. Lo ha escrito la señorita Otilia con su letra inclinada. Pero ocurre que en clase Laurita tiene ahora problemas para concentrarse; la negra Valdés la amenaza todo el tiempo... y Laurita sufre...”

La maestra, convencida de que su tarea consiste en enseñar, no se da cuenta de que para que el aprendizaje se realice con gusto, es imprescindible crear un vínculo positivo con las niñas y los niños de cualquier edad, y, sobre todo, con los más pequeños.

“La negra Valdés es una pesadilla y Laurita se calla por miedo a que la agarre a la salida. Preferible no decir nada a decir demasiado, repite la señorita Otilia cuando los chicos se acusan por cualquier cosa.”

Y la consecuencia no tarda en aparecer: *“Laurita empieza a perder el gusto a la escuela.”* Ya en 1er. grado.

Podríamos preguntarnos por qué la negra Valdés hace lo que hace. Y es que también ella, en cierto modo, sufre un acoso: sus compañeros la llaman “la negra”, apodo que tiene connotaciones de discriminación. Pero como ella es *“una chica grandota con los dientes manchados de sarro”* nadie se anima a acosarla, no por el sarro, por supuesto.

Vemos también que la escuela no es la única responsable de esta situación: tampoco en la casa siente Laurita que se atiende su situación: cuando miente y dice que está enferma al no querer ir a la escuela, cuando está triste en su casa, cuando la mamá no escucha por qué le faltan útiles:

“Durante las semanas posteriores su cartuchera se vacía. En su casa la retan por no cuidar los útiles. -Sos muy afortunada al tener lo que tenés -le dice la mamá-, pero querida..., hay que cuidarlo. Laurita tiene la cabeza atiborrada de cosas que pugnan por ser dichas. Si no encuentra urgentemente las palabras perdidas... -¡Mami, yo...! -grita para desanudar su garganta. Las palabras parecen coagularse en su boca.

-Baja la voz -la interrumpe la mamá-, y sobre todo, recordá quién sos. Laurita se somete a la niña muda. No por ser hijo se tiene asegurada la atención de la madre.”

No se detalla qué pasa en la casa de la negra Valdés, pero cuando:

“En el aula han empezado a faltar cosas. Los demás chicos se quejan de que alguien les roba las galletitas; todos señalan a la negra Valdés. Llaman a sus padres, que nunca aparecen por la escuela, y la mandan a buscar al aula. Laurita pide permiso para ir al baño y al pasar frente a la puerta vidriada de la Dirección, reconoce al hombre oscuro sentado en una silla delante de la directora: es el padre de la negra Valdés y trabaja en los silos de su papá descargando bolsas...”

“... al pasar frente a la Dirección, la puerta se abre de repente y aparece el hombre hecho una furia. Delante de los chicos saca a empujones a la negra Valdés y pueden oírlo cuando le grita: ¡Somos pobres pero no ladrones! La negra Valdés llora y se sorbe los mocos.” También ella sufre humillaciones, maltratos y vergüenza.

“Al otro día, la maestra los cambia a todos de lugar. A la negra Valdés la sienta en el último banco, al lado del gordo Bonilla, que es el más bruto de la clase.”

Pero los males de Laurita no terminan con ese cambio:

“La negra Valdés no vuelve a molestar, pero el otro, que además de bruto le lleva a Laurita dos cabezas, la agarra en el recreo, la acusa de ser la ‘preferida’, y así nomás -dale que te pego-, le encaja una cachetada que le deja la cara ardiendo... La señorita Otilia no ve nada porque está hablando con otra maestra. - Ni chimentos ni lamentos. Laurita se la aguanta, porque si cuenta se va a poner a llorar.”

Y el gordo Bonilla es otro acosador acosado.

El acoso verbal (gordo, bruto, negra), que es el más habitual, deja huellas que no son visibles en la víctima.

Pero las humillaciones, los insultos, los moteos y los menosprecios verbales **menoscaban la autoestima de la víctima**, porque las palabras tienen mucho poder, tanto para hacer mal como para ayudar y sostener.

Señalan los expertos en el tema que los niños y las niñas que han perdido su autoestima, pierden también los deseos de estudiar y, en general, detestan la escuela.

En otros tiempos, en la escuela, se aplicaban castigos corporales a los revoltosos y los casos de *bullying* eran quizás, menos frecuentes que en la actualidad; regían los castigos y el miedo a ser castigado. Pero los castigos solamente incrementan la rabia interior y acaban creando aún más problemas en lugar de solucionarlos.

Y, si bien en la actualidad, en nuestras escuelas el castigo corporal por parte de los docentes ha sido desterrado, lamentablemente, muchas aulas parecen campos de grupos enfrentados entre sí, y muchos docentes no saben cómo pueden ayudar a chicos y chicas a convivir en paz, libertad y alegría. También hay, quienes, cansados de los enfrentamientos, bajan los brazos y ya no buscan una alternativa.

Por otra parte, muchos chicos y jóvenes tampoco encuentran la necesaria contención en sus hogares, cosa que se percibe en el caso de Laurita, a pesar de que la quieren y le brindan todos los elementos materiales que necesita.

El maltrato entre jóvenes, el acoso, la burla permanente que atenta contra la autoestima, es una réplica que hacen los chicos del mundo adulto, de lo que hacen sus padres o maestros. Tanto los unos como los otros también producen *bullying* a sus hijos y alumnos cuando no los respetan, cuando los descalifican frente a los compañeros, maltratando así su autoestima.

Entre líneas de ***La patria de Laurita***, podemos leer que el vínculo positivo entre docentes y alumnos y alumnas es imprescindible para que la educación pueda tener lugar.

Al terminar la lectura del capítulo **“Una niña afortunada”**, queda clara la elección del epígrafe que lo encabeza, perteneciente a Juan José Arreola: *“Un alma infantil que guarda secretos es algo que vuela mal, / es un ángel lastrado que no puede tomar altura”*.

En otros capítulos del libro nos encontramos con otros docentes: de baile, de dibujo, de música que no tienen buena relación con sus alumnos, o, al menos con algunos de ellos.

Sin embargo, no todo es negativo. (Claro que está también la docente de alma que enseña, hace pensar y que sabe captar el interés de sus alumnos y alumnas.)

Pero quiero referirme ahora al capítulo **“El ateneo”**, en el cual nos encontramos con otra visión de la docencia muy diferente. No ocurre en la escuela, ni con un maestro, sino en la parroquia, con un cura con alma de docente.

“Poco tardó el nuevo párroco en ganarse la simpatía de los chicos del pueblo... Hasta ese momento, la instrucción religiosa había estado a cargo de las de Pena,... que no dudaban

en pellizcarlos o tirarles del pelo cuando olvidaban la genuflexión o cuchicheaban al llegar al sexto mandamiento. Al gordo Bonilla le valió un coscorrón pedir que se lo explicaran. (...) Ahora el padre Carlos supervisaba la enseñanza y cuando él aparecía los chicos se divertían **escuchando las historias bíblicas** con que alternaba las reglas que debían aprender.”

Él comprendía que las historias, contadas o leídas, eran un material apropiado para despertar el interés de los chicos y que de ese modo se desarrollaba su inteligencia.

“Generalmente, el padre Carlos era requerido en la sacristía dejando a los chicos con el corazón palpitante y las ganas de seguir escuchando.”

También sabía que así se desarrolla la imaginación y el gusto por el saber.

“La (historia) que más le gustaba a Laurita, era la de Jonás y la ballena. (...) ¿Y los hombres que lo arrojaron, padre? ¿Ellos también se arrepintieron...?”

Las preguntas no le molestaban al padre Carlos. Cuando las de Pena se quejaban de los niños, diciendo, entre otras cosas, que en la iglesia:

“-O se ríen, hablan fuerte, preguntan en lugar de estudiar...”

-Pues sí, **los niños preguntan: ¿de qué otra forma aprenderían?**”

El padre Carlos funda un ateneo, en el cual los chicos van a jugar al fútbol o al ping pong y “el ateneo se convirtió en el lugar de esparcimiento más concurrido del pueblo.” ... Los pibes, felices, y los padres..., también. Sus hijos, que antes se la pasaban en la calle, ahora estaban cuidados y estimulados en todo sentido, ya que a la actividad física que desplegaban en el ateneo, había que sumarle la edición de una revista que los tenía ocupados las tardes más frías y lluviosas de invierno. Allí se publicaban noticias de la parroquia, nacimientos y fallecimientos, etc. y hasta una historieta sobre el padre Mascardi muerto en la Patagonia por los indios. “

Para las niñas propuso un día de lectura grupal.

“... nadie se mueve hasta que aparece el padre Carlos con un libro en la mano. -Bueno, bueno -les dice- no soy el único al que le gusta la lectura... Las chicas se ubican en las sillas y permanecen en silencio.

-Hoy vamos a hablar de Santa Teresita del Niño Jesús...” Les relata brevemente su vida y:

“Escuchen esto. El cura se puso los anteojos y leyó...” Cuando hace una pausa:

..., las cinco niñas esperan a que el hombre siga leyendo pero él se queda en silencio y las mira.

-¿Y? -les pregunta-, ¿qué opinan de esto?

Se les nota en la cara que están impactadas. Una de ellas balbucea:

-Que la chica era humilde.

-Humilde... -murmura el cura-. ¿Y qué entienden ustedes por humildad?

-Las de Pena dicen que hay que ser humilde- interviene otra- y aceptar lo que nos dicen aunque no lo entendamos.

-Eso sería disimular la curiosidad, ¿no? -sonrió el padre Carlos. Y todas sonrieron como si hubieran sido liberadas de la sumisión que la palabra humildad parecía imponerles.

... El cura se levanta a buscar sus cigarrillos, prende uno y sale a fumarlo a la vereda dejando a las chicas **sumidas en sus pensamientos...**

Vuelve a entrar el cura. -Y bien... Laurita toma coraje y dice...” Sigue un diálogo:

“Laurita se queda pensando. -Sin embargo...-el cura la alienta a seguir hablando... El cura se ríe y el grupo se relaja.

-Bueno, jovencitas, a la reunión del sábado que viene me gustaría que trajeran alguna reflexión escrita acerca de lo que estuvimos charlando. De esta manera podrían participar en el próximo número de la revista.

Las reuniones se suceden con gran entusiasmo por parte de Laurita que escribe, ‘Ser curioso no es pecado’, artículo que es publicado y escandaliza a unas cuantas madres.”

En ese clima no hay lugar para el bullying. Sabemos que el problema del bullying es muy serio en la actualidad, no sólo en nuestro país. Y desde las autoridades educativas se están implementando diversas medidas para darle solución.

Sin embargo, me parece que no todas las medidas son las más acertadas: creo que es erróneo poner el acento solamente en las relaciones, dejando en un segundo lugar el aprendizaje de contenidos. Si la escuela solo se centra en contener a sus alumnas y alumnos y no les **enseña**, brindándoles, por supuesto, las ayudas necesarias y estimulando el interés por el aprendizaje y la satisfacción por el esfuerzo realizado al ver los logros, creo que el problema del acoso no se solucionará.

Vuelvo ahora al trabajo del padre Carlos con los chicos y chicas:

Esta forma de enseñar, leyendo textos interesantes e instructivos, que dejan volar la imaginación y que, al mismo tiempo obligan a pensar, a reflexionar, a relacionar lo leído con la propia experiencia, dialogando sobre lo leído entre todos, escribiendo a partir de lo leído, me hacen pensar en Laura, la autora, a quien conocí como docente de taller de escritura en el colegio Woodville. La calidad excepcional de las producciones de chicos y chicas, muy pequeños algunos, dan testimonio del trabajo realizado por Laura.

En **Ventanas a la palabra**, otro libro de Laura escrito junto con la escritora Luisa Peluffo, se encuentran muchas de esas escrituras infantiles, que no son meros ejercicios, “respuestas automáticas o estereotipadas”, sino verdaderos textos que solo son posibles “si propiciamos el clima adecuado”, como señalan las autoras. Entre otros requisitos, ese clima se logra cuando “el maestro no ocupa un lugar diferencial y cualquier integrante del círculo puede hablar, leer o debatir en igualdad de condiciones”.

Sin embargo, ese clima de confianza y de libertad, no significa improvisación, sino que es fruto de un riguroso trabajo de preparación previa por parte de la docente, y, en la clase, consiste en un trabajo de análisis durante el cual no se descalifica ningún trabajo; por el contrario, se señalan los logros de cada uno y entre todos se buscan mediante sugerencias, alternativas para mejorar lo escrito, bajo la guía de la docente. Y así, estimulando la autoestima de cada uno es como se aprende a escribir en serio y a respetar a los demás.

En otro de los capítulos nos encontramos con la señorita Mercedes que lee un cuento de Horacio Quiroga sobre la patria, para incentivar a alumnas y alumnos a escribir sus reflexiones al acercarse el Sesquicentenario, y Laurita escribe “La patria” que proporciona el título al libro.

Y el Epílogo es un hermoso cuento sobre una docente jubilada, un digno cierre para **La patria de Laurita** y un homenaje a las “docentes de alma” argentinas.